

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

G. FAU, *L'émancipation féminine à Rome*. Paris, Les Belles Lettres, 1978, 218 pp.

Tal como su título indica, este estudio se propone un análisis del proceso de emancipación de la mujer romana, cuya condición parece haber sufrido múltiples cambios que marcan circunstancias de índole diversa. En la introducción, se definen los alcances del término 'emancipación' en sentido jurídico, social y popular, determinándose que es fundamentalmente en este último campo donde más inmediatamente se advierten los hechos, puesto que las costumbres cambian más rápidamente que la legislación. Las consideraciones, pues, se orientan especialmente hacia este terreno, y los límites temporales impuestos comprenden cinco etapas que abarcan los siglos que van desde la abdicación de Sila, en el 79 a. C., hasta el comienzo de la anarquía, en el 235 de nuestra era: 1) dictadura de Sila que marca el final efectivo de la República, pese a que ésta sobrevive hasta la muerte de César; 2) fundación del Principado de Augusto y sucesión de Césares hasta la muerte de Domiciano, en el 96; 3) siglo de oro del Imperio hasta la muerte de Cómodo, en el 192; 4) ascenso al poder de Septimio Severo y sus sucesores, hasta el 235; 5) decadencia, hasta la toma de Roma por Alarico en el 410. Después de un planteo tan claro, el lector se prepara para acceder al estudio de tales etapas, pero las expectativas no se cumplen quizás

en la medida esperada. La obra sigue, innegablemente, esta presentación cronológica; sin embargo, la mayor parte de los capítulos se centran en el período que va desde la República hasta el imperio de Nerón (cinco de los ocho que tiene la obra), mientras que al resto se le dedica tan sólo uno. Más adelante se explican las razones de esta desproporción: por un lado, los testimonios de las primeras épocas son más abundantes y significativos, y la emancipación más rápida y decisiva. A los efectos documentales, no sólo concurren los textos de los historiadores y filósofos, sino también los de los poetas y legisladores, consolidando el cuadro de lo que aquí se considera una auténtica revolución de costumbres, un tiempo en el que la mujer asienta sus derechos y afirma su identidad social e histórica. Esta efervescente evolución se produce con celeridad, en apenas un cuarto de siglo, y se cumple bajo el dominio de César. La violenta rapidez del cambio suscita una inmediata reprobación que se refleja en los textos de los escritores latinos (Cicerón, Tito Livio, Juvenal). Augusto intenta, con dudoso éxito, corregir legislativamente el fenómeno que amenaza con destruir el fundamento más profundo del imperio: la familia, devastada por los continuos divorcios y la peligrosa recesión de la natalidad. Es el siglo I a. C. el que ofrece más ricos testimonios y materia más amplia de estudio por lo decisivo de los acontecimientos. Los siguen-

tes siglos (especialmente los que siguen al imperio de Nerón) presentan menor documentación y significan una involución de la condición femenina, cuyo retroceso se adjudica al creciente auge del cristianismo y a las invasiones de los bárbaros. Esta es la razón científica; sin embargo, más allá de ella, parece existir una ideológica, que se va acentuando en el desarrollo del estudio y se vuelve prácticamente explícita al final, en el capítulo "Balance del feminismo romano". Un atenuado fervor feminista inspira la obra: los paralelos con la situación de la mujer contemporánea así lo evidencian. La obra pone su énfasis en las conquistas femeninas de los siglos I a. C. y I d. C., y un fenómeno como el cristianismo (cuyo análisis no va más allá de lo superficial) resulta negativo por lo retrógrado. Los capítulos de mayor interés son, sin duda, los primeros, donde se dibujan las figuras de Clodia —la inmortal Lesbia de Catulo—, Livia, y las dos Julias descendientes de Augusto. Fau intenta mostrar la contracara histórica en agudas conjeturas que buscan penetrar las entrelíneas de los moralistas e historiadores, proveyendo verosímiles razones de descrédito. Esto es, la historia ha sido escrita por hombres tendenciosos que, lejos de ajustarse a una objetiva imparcialidad, se atienen a intereses personales muchas veces mezquinos y espúreos. Tal, por ejemplo, el testimonio de Cicerón sobre Clodia. El recurso de la conjetura perspicaz abre interesantes campos de consideración, y una óptica que incita a reconsiderar bajo nuevas luces el juicio sobre la mujer romana. Pero llegado un punto, la suspicacia se vuelve reiterativa y tan sospechosa de parcialidad como la de aquellos a quienes rebate.

Porque parece subyacer un continuo intento de valorizar a toda costa la actitud de las antiguas 'libertinas' y de desacreditar los tradicionales modelos de virtud que presentan los escritores romanos. La benevolencia hacia figuras como las de Clodia, Julia, Mesalina, Poppaea, contrasta con la poca simpatía con la que se presenta a Octavia (a la que se sospecha fea e hipócrita) o el poco interés en cuanto a las virtuosas Calpurnia —esposa de Plinio el Joven— o Plotina —esposa de Trajano—. Finalmente, resultan opacas por lo poco 'emancipadas'. A la larga, la técnica parece consistir en cambiar las cosas: destacar los aspectos favorables de aquellas mujeres a quienes la historia censura y los negativos de aquellas a quienes la historia enaltece. Esta especie de revisionismo es, no obstante, muy útil. En muchos casos, la fundamentación documental alcanza para justificar las conjeturas, posibilitando una efectiva revaloración de los personajes presentados; los testimonios admiten con naturalidad la refutación de los conceptos o de las imágenes de la tradición. Pero en otros, lo hipotético no supera el plano de la libre sospecha, sin demasiado apoyo que la justifique. Frases como *volonté systématique de dénigrement* (p. 45) o *déformation systématique* sostienen, en muchos casos, la apreciación. Las propuestas son, sin embargo, interesantes, y la exposición se cumple en un estilo ágil y ameno. Varios anexos —una lista de emperadores romanos hasta el 235, una genealogía de Augusto, una cronología— proveen una útil información al lector menos familiarizado con la historia latina.

LÍA M. GALÁN